

en una obra de teatro, no hablamos sólo de dos personas, ¿no? Más aun, *dia en diálogo* no significa 'dos', significa 'a través'. Y continúa: "En tanto que un diálogo se esté desarrollando, no es posible ninguna metanarrativa abarcadora. Si las partes de un diálogo llegaran a un punto de completo acuerdo, ya no estarían dialogando entre sí", nos dice Tedlock. Me parece que el texto en consideración es un buen ejemplo de esto último.

Luis Guillermo Vasco Uribe
Pofesor Titular
Universidad Nacional de Colombia

Religiones afroamericanas

Emilio Jorge Rodríguez (Coordinador)
Quibdó. Diócesis de Quibdó, Ediciones CPI, 1996

A pesar de que el título del libro podría hacer pensar que se trata de un estudio articulado en torno a las religiones afroamericanas, el texto es tan solo las memorias de un seminario sobre esta cultura, celebrado entre el 14 y el 25 de agosto en el Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas. La consecuencia natural de esto es la carencia absoluta de unidad en el libro. No hay, por lo tanto, una visión panorámica del tema y más bien sí muchas anotaciones, algunas muy juiciosas, acerca de detalles. Es una lástima, pues es evidente la necesidad sentida de un auténtico libro de referencia sobre este tema, relevante no sólo para los antropólogos, sino también para la cultura en general, si se pretende una auténtica comprensión universal de la misma. Las religiones afroamericanas representan para nuestro continente un factor indiscutible de enriquecimiento que matiza nuestra tan afamada diversidad.

El libro posee, sin embargo, la virtud de ofrecer una variedad notable de tópicos relacionados con las religiones afroamericanas y su influencia en distintos ámbitos: la política, el arte, las relaciones sociales, la música, la literatura, las instituciones, entre otros. De hecho reúne las conferencias del seminario que estaban agrupadas en cuatro grandes temas en relación con las religiones afroamericanas: confluencias y diferencias; liturgia, oralidad y creación artística; artes visuales y literatura.

Hay numerosos trabajos dignos de mención, como, por ejemplo, el de Artur Cesar Isaia sobre la relación entre catolicismo y herencia afro-indígena en el Brasil, en el cual realiza un cuidadoso estudio acerca de cómo la religión umbandista intentó reinterpretar el catolicismo oficial. El estudio de María Poumier sobre José Lezama Lima, en el que pretende descubrir en el autor cubano la primera fenomenología afrocubana. Entre otros autores, encontramos trabajos de Natalia Bolívar sobre el Palo Monte en Cuba; Enrique Sosa Rodríguez, al respecto de la leyenda Nániga; Yolanda Wood sobre pintura, religiosidad popular y transculturación en el Caribe contemporáneo; Maybell Padilla Pérez sobre los cabildos afrocubanos.

En resumen, hay muchos ensayos que pueden interesar al estudioso ya iniciado en las religiones afroamericanas y de hecho podría considerarse más bien como el primer número de una revista académica sobre el tema. No es un libro de divulgación para recién llegados y, con excepción de algunos de sus ensayos, es un libro aburrido para el gran público.

La diversidad de puntos de vista ofrece, sin embargo, una comprensión amplia y rica en matices del surgimiento, realización y desarrollo de las múltiples y disímiles manifestaciones religiosas de origen africano. La lectura del libro da al lector la sensación de que gran parte de lo que llama su propia cultura está poblada por caracteres africanos. La intensidad de algunos planteamientos nos permite ir más allá de la mera descripción objetiva para dar paso a la interpretación. Por ejemplo, el trabajo de Lázara Menéndez sobre los recursos plásti-

os de la santería facilita una aproximación estética auténtica a las diversas dificultades que implica un estudio de un fenómeno tan complejo.

El libro, en últimas, vale la pena? En absoluto para alguien que no se halle en medio de una investigación. Ahora bien, para un antropólogo, un historiador o un sociólogo puede que tengan relevancia algunos artículos; otros son presentaciones sobrees de un problema religioso mal investigado. En suma, se trata de una recopilación de especialistas para especialistas, que carece de unidad y que tiene algunos artículos rescatables.

Leonardo Montenegro M.

Profesor

Departamento de Antropología
Universidad Nacional de Colombia

Frontera fluida entre Andes, pedemonte y selva:

El caso del Valle de Sibundoy, siglos XVI-XVIII

MARIA CLEMENCIA RAMÍREZ DE JARA

Instituto Colombiano de Cultura Hispánica,
Santafé de Bogotá 1996, 221 p.

Este trabajo constituye la tesis de grado de la autora que obtuvo mención meritoria en la maestría en historia en la Universidad Nacional de Colombia. Teórica y metodológicamente se ubica en la interrelación entre la Historia Social y la Etnología, con el fin de esclarecer el papel que desempeñaron los grupos étnicos que habitan en el Valle de Sibundoy, los Camasá y los Inga, durante el período que comprendido entre los siglos XVI y XVIII, "en la relación

que las sociedades de los Andes Colombianos establecieron en diferentes pisos térmicos cuando tuvieron que construir su economía, sus sistemas de organización social y su cultura", al decir del historiador Hermes Tovar (p. 7), quien dirigió la tesis y presenta la obra.

La autora considera que los dos grupos habitantes del Valle de Sibundoy, en la medida en que su territorialidad no está circunscrita al valle sino que lo desborda —hacia arriba hasta llegar a Aponte y a las tierras de los Pasto, hacia abajo hasta relacionarse con Siona y Kofán— son los estructuradores y mediadores de la relación Andes-selva en la época precolombina. Asimismo, que presentan "los rasgos de una organización dual al compartir el mismo territorio [...] dentro de una unidad de opuestos complementarios" (p. 28). Ambas características habrían permitido la sobrevivencia de estos grupos al convertirse en fundamentos de resistencia cultural.

Sin embargo, su análisis parte de definir a los habitantes del Valle de Sibundoy como gentes del piedemonte, a pesar de que su hábitat está localizado por encima de los 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar y cuando el Diccionario Geográfico de Colombia del Instituto Agustín Codazzi da como límite superior del piedemonte los 1.000 metros de altura. En el texto no aparecen claras las razones para esta caracterización, además de que adolece de una definición de piedemonte que pudiera permitirnos emprender una discusión al respecto; quizás habría que buscar la explicación en el hecho de la autora puede dar a esta categoría un sentido más sociocultural que físico, cosa que, en caso de ser así, habría sido necesario explicitar para evitar "oscuridades". De todos modos, parecería más puesto en razón si se considerara a las gentes de esta región como de vertiente, no sólo por su ubicación, sino porque es claro que en su vida de hoy son más andinos que selváticos, aunque la historiadora-antropóloga tiene razón en plantear que presentan elementos provenientes de ambos tipos de sociedad.

Respecto de lo anterior y pese a que se anuncia que la etnología va a jugar un papel importante en